

MILAGRO EN LA ESTACIÓN DESIERTO

Dolores Castro

¿Quién no ha visitado la estación Desierto, especialmente si vive en esta caótica, hermosa y enorme ciudad de México? Pero no todos habríamos podido externar esta experiencia con la original fuerza expresiva de Eudoro Fonseca Yerena. ¿Puede haber un desierto tan concurrido y solitario, como para que reine en él la desorientación con tal intensidad? Quizá pudiera originarlo la ciudad, su rutina, y todo lo que constituye “la realidad informe”, enemiga de la imaginación y la creatividad y del ordenador luminoso y de la inteligencia emocionada; pero desde el ahondamiento de la conciencia surge en el autor la búsqueda de un oriente que ilumina, que sugiere la palabra necesaria, para asumir el caos y tratar de acceder al orden estricto de la vida que otorga la palabra poética.

El poeta medita, ahonda en su conciencia y va tras de su voz, cruza el drama, porque no hay sitio en este momento de su poesía para el dolor lacrimoso sino para la aparente diatriba y la sorna:

No hay voz para la llorona
ni una brizna tornasolada de mi canto antiguo
sólo tos, la trompetilla y la sorna,
el mofletudo querube atragantado y regordete...

Indaga por qué ha perdido su canto antiguo, y en su poema *Diatriba*, a través de la constante negación forma que, a contraparte, va descubriéndonos cualidades de su padre y su madre, en un poema de inteligente estructura y buen empleo de la retórica imágenes y que, a pesar del título del poema, *Diatriba*, en su momento da el “siempre sí a la deslumbrante vida”.

Finalmente el poema retrocede a un amoroso retorno a los orígenes, a las formas sencillas y alegres de ser libre, sano, alegre

...porque la honradez dicta y manda
que esta diatriba sea callada
y la tenga bajo mi celo personal
y mi cuidado,
porque no quiero enturbiar
la quebradiza materia que te forma,

el delicado cristal
donde aprendí a deletrear el amor
y miré los destellos dorados de la vida.

Y en cuanto al conocimiento del deseo en el amor, nadie podría haber expresado tan esencialmente sus dos etapas:

Primero
lánguida, sutil, flor anoréxica
Después
descomunal, cerril, fiera intratable
tirano-réxica.

Si la vida pudo producirle primero el anhelo de amor en pequeñas dosis y un hambre desbocada, un apetito deseoso incontenible, la personificación de la muerte como *Dulce madre*, es aún lejana, no apetecible, espantosa. Así, en vez de su oración de niño a la Virgen, la oración “Dulce Madre, no te alejes, la vista de mí no apartes”, le previene:

Dulce madre, no te acerques,
las flores dormidas de tus manos
tanto tiempo ha menesterosas,
no quieren aislar las hebras hirsutas
de mi pelo...

Pero la muerte se impone anunciándose premonitoria, con luces vacilantes ante el hombre que yace con la urdimbre de los años en su lecho, y él, con palabras contundentes expresa el golpe, la herida, a la vez que la magnitud de su sorpresa, el dolor ante la agonía e indefenso ante el momento final:

Yace el hombre con sus cueros destensados,
con sus colgantes ataduras
con su pesadez de cachalote;
yace en una vía dolorosa de llagas abiertas
como signos de interrogación a la intemperie.

La primera parte de este libro termina con dos poemas luminosos a pesar de la carga dramática de la vivencia.



Ilustración que aparece en la portada de *Milagro en la estación Desierto*, publicada por Verdehalago.

La travesía, segunda parte del poemario, nos introduce en lo que la memoria, elevando la flama de una primera luz leve, ilumina y crece hasta convertirse en poderosa y desentraña la vida, por ejemplo en el poema *El hábito*. La vida es aquí personificada y aparece como mujer portadora de atributos deleznable, la vida como la “realidad informe”:

“Esa mujer parece la belleza”, pero

...es una casa tiznada y llena de ojos,
es la casa de los ecos,
flor del espanto, aliento de tinieblas;
no toque esa casa, es una mujer cautiva,
una mujer emparedada con los ojos abiertos,
una monja coronada,
una mujer vestida para siempre,
con el hábito del rencor y la desdicha.

Contempla el poeta la travesía de la tarde, la premonición de la noche, en tres excelentes pausas. Y a pesar de la antigua petición a la muerte, de no acercarse, en la estación Desierto hay un encuentro cara a cara con la muerte, encuentro final de aceptación pues la llama “amada mía más que ninguna (la siamesa)”, siamesa en todos mis desiertos, así en la fugacidad del segundo como en el espejo inmóvil de lo eterno.

Y es ante la presencia de la muerte cuando ocurre *El milagro*, como culminación de un hermoso libro de poemas.

El Milagro es la libertad de la palabra para cantar, con ese canto que murmura a veces, o se lanza a decir entrecortadamente los tesoros que conoció, que levantó para mostrarlos con los colores, los tonos, la efervescencia del sueño, o de la mejor burbuja de champaña. Ahí, de cuerpo

entero, está la poesía, balbuciendo a veces, como en los mejores poemas, decantando otras, siempre con la música de la palabra enamorada, con el mismo amor que hizo decir a Francisco de Quevedo que la llama del amor ardía de tal manera que venas y tuétanos se convierten en cenizas en la presencia de la muerte, y en polvo, mas polvo enamorado.

Amor para contemplar la estación Desierto, armadura de la poesía ante el desorden y el caos, ante el paso del tiempo inútil para los verdaderos instantes de conciencia, ante los solemnes y poderosos personajes y la rutina para llegar al fin al milagro de la estación Desierto. Amor para conocer, como el de María de Magdala, lo que aún cuando esté más allá de nuestra comprensión, se intuye, amor que, aunque no esté presente con la voz de la poesía, pueda iluminar su aparición durante la vida, y, como en el soneto de Quevedo, vencer a la muerte misma, y desde luego, iluminar la estación Desierto.

Dos poemas finales dan fe del milagro ocurrido. *Palomitas*, el primero, es un canto filial de amor y poderosa ternura, canto que, después de haberlo oído mucho tiempo atrás, pude recordarlo vivamente y me pareció más hermoso en la lectura; y el segundo, *Ex voto* “Hallado en el templo de El Saucito, en San Luis Potosí”, en el que como es tradición da fe del milagro como testimonio:

... sentí de súbito
la firmeza de una mano en el abismo
suspendiendo la disolución del ser
y su caída,
me instalé en la hospitalaria heredad
de los poemas,
convalecí en el traspasio solariego
de las rimas,
recibí el abrazo multiplicado
de los poetas muertos.
He vuelto a casa, me dije,
y me senté a un suntuoso banquete
con los míos.

Milagro en la estación Desierto es un hermoso libro de madurez en la experiencia de la vida, en la experiencia de vivir la poesía y expresarla con toda inteligencia, imaginación, riqueza de recursos tradicionales y también absolutamente contemporáneos. Es un libro en el que la poesía lírica sigue siendo canto por la elevación del nivel de la emoción expresada, y porque en él las palabras aún pueden cantar para decirnos de modo esencial mucho de lo que es la vida, el amor y la muerte. ☒

Dolores Castro. (Aguascalientes, 1923). Escritora mexicana. Estudió la licenciatura en Derecho y la Maestría en Letras en la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre sus libros, cabe mencionar: *Rosario Castellanos. El Verso, la Palabra y el Recuerdo; La Ciudad y el Viento*; y los poemarios *El Corazón Transfigurado, Dos Nocturnos, Cantares de Vela, Soles y Sonar en el Silencio*.